

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA MODERNIDAD EN TEGUCIGALPA, SIGLO XIX Y XX

Acordos e desacordos da modernidade em Tegucigalpa, séculos XIX e XX
Agreements and disagreements of modernity in Tegucigalpa, Nineteenth and twentieth century

Daniela Navarrete Calix
Master en Investigación en Ciencias Sociales, Profesora de Historia, Escuela Agrícola Panamericana Zamorano, Honduras.
danielanavarrete@hotmail.com

Artigo recebido em: 09/09/2016
Artigo publicado em: 15/12/2016

RESUMEN

Este artículo analiza el impacto urbano que trajo la modernidad política aplicada a la ciudad de Tegucigalpa, capital de Honduras. Para ello comparamos diacrónicamente la transformación político-administrativa en este centro urbano: en el liberalismo del último cuarto del siglo XIX y principios del s. XX; y en el neoliberalismo de finales del siglo XX. El discurso de los locutores de la modernidad liberal y neoliberal tendrá especial atención, pues vehicula los ideales de los gobernantes para alcanzar el progreso o desarrollo. Estos anhelos de modernidad se reflejan en el paisaje urbano encontrándose o no de los anhelos de los ciudadanos de esta capital centroamericana.

Palabras Clave: modernidad – (neo) liberalismo – modelos urbanos

RESUMO

Este artigo analisa o impacto urbano que trouxe modernidade política aplicada à cidade de Tegucigalpa, capital de Honduras. Para esta comparação diacronicamente a transformação político-administrativa neste centro urbano: no liberalismo do último quartel do século XIX e início do s. XX; eo neoliberalismo do final do século XX. O discurso dos oradores da modernidade liberal e neoliberal terá atenção especial, pois transmite os ideais dos governos para alcançar o progresso ou desenvolvimento. Esses anseios da modernidade são refletidos na paisagem urbana ou não corresponder às aspirações dos cidadãos desta capital centro-americana.

Palavras-Chave: modernidade - (neo) liberalismo – modelos Urbanos

ABSTRACT

This article analyzes the urban impact that brought political modernity applied to the city of Tegucigalpa, capital of Honduras. For this we compare diachronically the political-administrative transformation in this urban center: during liberalism of the last quarter of the nineteenth century and early s. XX; and during the neoliberalism of the late twentieth century. The speech of the speakers of liberal and neoliberal modernity will have special attention, as conveys the ideals of governments to achieve progress or development. These yearnings of modernity are reflected in the urban landscape and of course meet and unmeet the aspirations of the citizens of this Central American capital.

Keywords: modernity – (neo) liberalism – urban models



Revista do Programa de Pós-Graduação em Geografia e do Departamento de Geografia da UFES

Dezembro, 2016
ISSN 2175 -3709

Introducción

En este estudio abordaremos la materialidad del discurso urbano liberal y neoliberal en la ciudad de Tegucigalpa y el resultado material que su historia y política produjeron en la forma de construcciones, espacios, paisajes y relaciones sociales en la ciudad liberal y neoliberal.

Soto y Rosa, presidente y ministro de Honduras de 1876-1883, se encontraron frente a una ciudad colonial aún, en la que los discursos políticos y modelos urbanos son, según ellos, anacrónicos. Siendo ambos oriundos de Tegucigalpa, esta será objeto de una fuerte inversión del Estado tras el nombramiento en capital del país. Esta contundencia se justifica en su doctrina, el liberalismo (aunque de transición en palabras del propio Rosa) y se expresa en sus obras públicas. Tegucigalpa inicia su transformación en ese momento en una capital republicana, como lo han hecho ya en Guatemala, San Salvador, México, Washington, París, Londres y más por el mundo occidental donde la modernidad liberal está en marcha desde finales del siglo XVIII y que después de varios traspies se enraíza en América española en la segunda mitad del siglo XIX.

Surgen varias preguntas para los dos períodos de estudio: ¿Cuáles son las nuevas formas de la ciudad liberal? Las sedes del poder, los servicios públicos, las comunicaciones son el reflejo primero de esa voluntad modernizadora. ¿Cuáles son sus efectos sobre la población? ¿Existe una conciliación entre política urbana y modos de vida, costumbres y tradiciones? Las pesquisas muestran que esta respuesta es afirmativa parcialmente, degradándose el equilibrio a medida se avanza en el período.

Las nociones de Henri Lefebvre sobre la producción del espacio (Lefebvre, 1974) nos parecen apropiadas para entender la distancia entre la ciudad española y la ciudad capitalista, dos categorías en apariencia incomparables pero donde radica justamente la enorme diferencia entre los espacios urbanos del s XVI y siglo XX. La ciudad americana construida por españoles no tiene precedente, se construyen ex nihilo persiguiendo “regular el proceso fundacional del nacimiento de la ciudad”. Tales quimeras utópicas, provienen de fuente tan etéreas como la Utopía de Tomás Moro o La Ciudad de Dios de San Agustín, pero también de las experiencias de Eximienio y las que han deja-

do la Reconquista. Para Serrano, lo más importante es que en la ciudad se interceptan tres momentos fundamentales de aquella época: 1) el momento ideológico que sitúa a América como la tierra de las posibilidades, 2) el momento político-jurídico de crear una nueva sociedad con nuevos poblamientos y nuevos sujetos, los indios y 3) el momento físico-geográfico que considera la naturaleza como un todo y medio para ese fin (Serrano, 1998, p. 57). La ciudad española, cristiana, tiene por centro la plaza, de donde se ordena el resto del centro urbano, a imagen del orden del cosmos, de la creación y de Dios. Esto se entrelazaba con conocimiento empírico antiguo, como las teorías de los vientos de Hipócrates y la de lo sano y mal sano de Galeno, sumado a una rica tradición medieval. La plaza supuso una forma de vida política, donde confluyen todos los sujetos y sus relaciones sociales, económicas, políticas y religiosas. Después de tres siglos, de llegada de la Ilustración, del paso del mercantilismo al capitalismo y del extrañamiento de Dios de lo político y público, el sentido de la ciudad es transformado por la modernidad encarnada en la voluntad de los liberales decimonónicos. A diferencia de la ciudad española cristiana, la ciudad liberal se levanta sobre un espacio urbano ya existente y en nombre de la modernidad se cuestionará su sentido fundacional descrito arriba. Para ello se suplantará el orden previo con la participan de teorías científicas, arquitectónicas observables, que van desde el positivismo pasando por el higienismo, hasta el neoclasicismo. Físicamente, el lugar privilegiado de la ciudad liberal sigue siendo la plaza, espacio físico y mental en los nuevos capitalinos para escenificar el moderno ideario político y donde se entrecruzan la interacción entre gobernantes, representantes del Estado y los individuos ciudadanos electores. Nuevos elementos modernos y aspectos de la precedente sociedad colonial cohabitarán durante décadas y hasta siglos en la capital. Para una ciudad de pequeña escala como Tegucigalpa, la impronta física de la modernidad se dejará sentir contundentemente. No obstante, la morfología urbana en la mayoría de sus aspectos se mantendrá debido al bajo crecimiento demográfico que tiene su población preindustrial. A finales del siglo XX el panorama es otro. Si bien Tegucigalpa sigue sin ser un centro industrial a escala de la región que articula, si es un centro político administrativo que centraliza servicios

públicos que atraen la migración interna. En las condiciones de relaciones capitalistas que gobiernan la ciudad, el cambio en el paisaje urbano esta vez sí afectará tanto a la ciudad española como a la liberal. Es pertinente como lo propone Lefebvre, la perspectiva crítica desde el marxismo sobre los mecanismos del capitalismo para hacer lectura no sólo de los espacios sino también interesarnos a conocer cómo y quiénes lo producen. Antepondremos a esta perspectiva los argumentos liberales y neoliberales con que los gobernantes, desde sus lógicas e idearios, promovieron los cambios urbanos de Tegucigalpa moderna y posmoderna.

La articulación de este análisis se basa en la comparación diacrónica, el viaje a dos momentos históricos en un mismo lugar: la Reforma Liberal del s. XIX y el período neoliberal de finales del s. XX. Se ha organizado en tres partes: La primera parte corresponde a la construcción del marco urbano, político y social de Tegucigalpa en el período hispánico. Esta es la realidad urbana y social que los liberales del XIX trataron de modificar para fomentar la modernidad del Estado y la sociedad con otros modelos políticos. En la segunda parte presentamos cómo el modelo urbano de ciudad compacta y barroca de los españoles fue cuestionado en el nombre de la modernidad liberal. ¿Consiguieron todas estas políticas llevar a Tegucigalpa a una nueva sociedad? Finalmente, en la tercera parte, mostramos la continuidad y abandono del proyecto liberal, bajo el marco del neoliberalismo.

Tegucigalpa es una ciudad se ha expandido rápidamente en las últimas décadas; llegando a duplicar su población cada veinte años. En el 2009 su población es de 1, 102,777 (Suárez et alt., 2012) de los cuales el 60% de sus habitantes viven en asentamientos ilegales, con pocos o ningún servicio público y más dramático aún, en zonas de alto riesgo de inundaciones o derrumbes. El centro histórico, que había sido desde la época colonial el lugar privilegiado donde se realizaban las funciones económicas, políticas, sociales y culturales, ha sido relegado y abandonado al deterioro, en tanto nuevos espacios creados por iniciativas privadas parecieran reemplazar en parte estas funciones: los centros comerciales privados.

Cierto, no es la única ciudad que ha conocido estos cambios urbanos o de desurbanización. Sin embargo, Tegucigalpa tiene una particularidad que la diferencia

de otras capitales de la región. Esto es el hecho de ser un centro de poder político local y regional sin ser el principal motor de la economía nacional. Por no ser Honduras un país donde se impulse la industrialización temprana, y por concentrarse las principales actividades económicas contemporáneas lejos de la capital política, el crecimiento demográfico de Tegucigalpa inicia tardíamente respecto a otras capitales de la región. Al no ser la industria la principal actividad económica, el sector terciario (administración, servicios) se convierte en una de las fuentes de empleo para los tegucigalpeneses. Sin embargo, dadas las características socio-económicas de pobreza y deficiente educación de la mayor parte de sus habitantes, el sector llamado informal alcanza grandes proporciones.

I. Evolución histórico-urbana de Tegucigalpa

Entender la modernidad liberal y neoliberal en Tegucigalpa, presupone conocer la ciudad previa a esos dos momentos. Para esto presentamos el marco social, político y urbanístico desde los orígenes hispánicos de la ciudad, que en su momento y contexto, fue su primera modernidad. El espacio colonial del actual territorio hondureño se constituyó entre tres ejes: Noroeste-occidente, centro-sur y nororiente-oriente. La red primaria de centros urbanos se completó antes de terminar el siglo XVI y perduró todo el período colonial. Los centros urbanos fundados tenían diferentes rangos según su tamaño y función.

En Honduras, las primeras fundaciones fueron puertos, a medida que se colonizaba el interior aparecieron reales de minas, centros administrativos, militares y ganaderos que podían ser villas, ciudades. En el contexto de las relaciones interurbanas y su articulación en regiones, desde muy temprano se manifestaron en Honduras conflictos por la primacía urbana. En el siglo XVI esa disputa recayó sobre el puerto de Trujillo (f. 1524), primera sede de la gobernación de Honduras, San Pedro de Puerto Caballos, sede de la Caxa real, Gracias y Comayagua, sedes consecutivas de la administración política. Esa disputa se resolvió a favor de Comayagua (villa en 1533 y ciudad en 1557), que concentró las sedes de la gobernación y del episcopado a mediados del siglo XVI.

La primacía urbana repercutía directamente en la construcción simbólica de la ciudad, pues la urbe hegemónica con-

centraba las obras públicas más importantes para el gobierno y en el imaginario de sus habitantes. Así, Comayagua concentró elementos representativos de la modernidad urbana renacentista, con su plano en ajedrez, su arquitectura religiosa con catedral, iglesias y ermitas, cabildo y casas de notables a la usanza de la península. También articuló los pueblos de indios, dejando manifiesto la presencia de un orden, que es además, desigual.

Transcurridas varias décadas desde que Comayagua es capital de provincia y ciudad, se funda el Real de Minas de Tegucigalpa (1578), situado a 80 km al sur de Comayagua. El nombre de Tegucigalpa provino de las toponimias de dos asentamientos indígenas que se situaban a uno y otro margen del río Choluteca (Lara, 2010, p.179-204) Políticamente el Real de Minas estaba adscrito a la Alcaldía Mayor de Minas de Honduras, creada en 1580 y que reunía los distritos mineros del centro y sur de la provincia de Honduras. Con este acto, la provincia se finaliza de organizar, además de la gobernación de Comayagua, la Alcaldía mayor de Tegucigalpa y los territorios insumisos al oriente denominados Taguzgalpa.

A lado de las otras ciudades y villas de la provincia, Tegucigalpa detenta una posición periférica y secundaria respecto su red urbana inmediata. Sin embargo, la creación de la Alcaldía mayor de Minas de Honduras, favoreció la consolidación de Tegucigalpa como centro económico de una nueva región. Así lo favoreció la Real Audiencia en Guatemala al cederle de su propia jurisdicción, la villa de Choluteca, sus pueblos de indios y territorios que se extendían hasta la Bahía de Fonseca. Choluteca era un próspero centro agrícola-ganadero y minero que sumado a los hacendados de Tegucigalpa se hicieron parte del comercio del istmo a través de ferias regionales en el sector norte, que unía a San Salvador, Chiapas, Oaxaca y Veracruz. También con el sector sur, con Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Esta articulación económica en tres niveles; el local minero, el regional agrícola-ganadero y el suprarregional comercial; van a desplazar el eje económico del norte-centro de la provincia (articulado desde los 1530 por Puerto Caballos y Comayagua) al centro-sur.

Tegucigalpa tuvo una significativa transformación urbana durante los doscientos cuarenta y tres años de administración hispánica. El lugar del emplazamiento del Real de Minas de Tegucigalpa,

como la mayoría de los poblados mineros del Nuevo Mundo, fue determinado por el azar de los yacimientos minerales y no elegido in strictu sensu según las ordenanzas e ideales urbanísticos vigentes entonces. La accidentada topografía del sitio dificultó pero no impidió la implementación de las disposiciones urbanas como las promulgadas en las Ordenanzas de poblamiento de Felipe II de 1573. Podemos suponer que entre la topografía accidentada de su emplazamiento y dispersión de casas e iglesias, el Real de Minas poseyó un paisaje urbano similar al de los burgos medievales europeos.

Una de las primeras preocupaciones de las autoridades municipales era asignar a los habitantes los terrenos para construir sus viviendas. Esa adjudicación debía respetar la jerarquía político-económica de la sociedad, así la forma urbana de la villa, mediante la localización y distribución de edificios públicos y particulares, materializando el tejido social. Aun cuando la topografía del lugar, y el trazo primigenio del mineral condicionaron la implantación del modelo hispánico, la regla de dar a cada cual el lugar que le corresponde en un mundo “bien ordenado” se cumplió en Tegucigalpa.

Eran formas urbanas compactas, un centro neurálgico donde se concentraba la jerarquía político-social: plaza de armas, ayuntamiento, iglesia, edificios públicos, casas de notables. Más allá del centro, organizado el territorio geoméricamente con calles reticulares, se levantaban barrios y parroquias. Sus habitantes se ubicaban en las cercanías de la plaza según su estatuto étnico-social, que en el caso, comenzaba por los funcionarios peninsulares, seguido de criollos mineros, comerciantes, ganaderos, hasta llegar a pequeños artesanos mestizos. Inicialmente situados fuera de la ciudad blanca, los pueblos indígenas y asentamientos de pardos y mulatos. El acceso a los servicios públicos, así como las arquitecturas de casas privadas, edificios públicos, monumentos, expresaban dice Serrano “un mundo que se dividía al consolidarse”.

Este orden fue afectado con el crecimiento poblacional y la aparición de las castas. El aumento de la población desde el s. XVII expandió los límites urbanos hasta los límites físicos posibles, absorbiendo –o despojando- al Oeste el pueblo de indios Tegucigalpa; al Norte, el asentamiento de pardos Los Dolores y pueblo de indios de San Sebastián y al Este, el de labradores indígenas de La Plazuela.

Todos estos grupos coexisten y conviven con sus distancias sociales y con su mestizaje, reflejándose en la villa sociedad y formas urbanas. Los espacios de sociabilidad, como la plaza, la calle, la iglesia son compartidos quizás más permisivamente que en los grandes centros regionales. Aun así, la clase dominante de mineros mayores lidera todos los aspectos sociales, ratificando su fuerza con la apropiación de dos símbolos urbanos de primer orden: en lo religioso respaldan el culto de la virgen de Suyapa, de origen indígena; y en lo político logran la recuperación del título de Alcaldía mayor a pesar de la reorganización en Intendencias borbónicas. Entre estos dos eventos se dio el llamado medio siglo de oro tegucigalpense, conllevando la prosperidad económica de la minería a la construcción del templo de San Miguel, Los Dolores, Inmaculada Concepción, la Caxa Real y el Ayuntamiento. Ciclo próspero que se vio socavado por las guerras contra los ingleses en la costa norte a finales del s. XVIII y que demandaron la leva de muchos indios y negros de la región, así como el brote de pestes de viruela y hasta terremotos y erupciones a inicios del siglo XIX. En los estertores de la administración española, se construye el puente que une a Tegucigalpa y el pueblo de indios de Comayagüela, quedando señalado el camino de la futura expansión urbana y social de la villa: el Sur. Pero esto se hará bajo un contexto político inédito y que estudiaremos a continuación.

II. Construcción liberal de Tegucigalpa: el discurso y su práctica urbana

Los discursos de los liberales de finales del s. XIX se caracterizan por una fuerte voluntad política de un Estado embrionario que busca cimentar la Nación hondureña a través de medidas que buscan modernizar la política, la economía y la sociedad. Esta voluntad política se traduce de manera contundente en el paisaje urbano de Tegucigalpa, que fue ascendida en esa época como nueva capital, sede política y administrativa del país. El discurso de las autoridades liberales, justifica el cuestionamiento del modelo urbano colonial fundamentándose en corrientes europeas como la del higienismo, el urbanismo moderno y la arquitectura neoclásica que se proponen como solución de modelo urbano. Por el impacto de sus administraciones en la ciudad, podemos identificar dos etapas del liberalismo. El

primero correspondió a la administración de Marco Aurelio Soto y su primer ministro Ramón Rosa entre 1876-1883. La segunda, durante la dictadura de Tiburcio Carías de 1932 a 1948. En la administración de Soto el discurso liberal se aplicó sistemáticamente en Honduras. De origen tegucigalpense, Soto y su primo Rosa estudiaron Derecho en la prestigiosa universidad de San Carlos Borromeo en Guatemala. Este hecho marca profundamente la obra y visión de los gobernantes, aunque con cierta cautela de parte de Rosa, que se expresaba así del liberalismo:

“La aplicación de esas ideas requiere muy arraigados hábitos de orden y trabajo en una sociedad, una educación completa, moral, intelectual, y política en todas las clases sociales, [...] una conciencia pública ilustradas [...] y grandes sentimientos de patriotismo...Desgraciadamente, muy lejos estamos de tener esas condiciones sociales y políticas. ... se han opuesto trescientos años de educación colonial y más de medio siglo de despotismo y anarquía”. (Carías, 1980, p.200).

La Reforma, es vista por sus ideólogos hondureños como una transición que prepararía el contexto social y económico para poder implantar el liberalismo. La Reforma, a juicio de Rosa sentaría la base social y económica indispensable para el progreso de Honduras: “Los múltiples agentes que constituyen los agentes principales de la civilización, industria, agricultura, comercio, ciencias, artes, y oficios empiezan ahora a desarrollarse, y no tienen vigor bastante para emanciparse de la acción del Estado, y constituirse por sí solos en verdaderas actividades sociales” (Carías, 1980, p.202-203). La acción del Estado será contundente pues en el plano de la inversión social e infraestructura, que detallaremos más adelante. Rosa confiaba que, al llegar a superar esa situación de Estado providencia, se podría alcanzarse el resultado esperado: la libertad y civilización.

La materialidad de los discursos liberal resultó en Tegucigalpa como imagen primera del nuevo y moderno orden. El primer cambio fue el traslado de la función capital en 1880, hecho que acarrió la construcción de una ciudad que fuera referente de modernidad para el resto del país. La arquitectura y el urbanismo jugaron un rol esencial en el plano simbólico de la modernidad política e ideológica. Sirvieron para expresar la ideología positivista, manifiesta en todo el continente

y Honduras no es excepción, a través de obras públicas monumentales y de edificios de estilo neoclásico, en anteposición al barroco característico de los tiempos coloniales. Esta monumentalidad buscaba dar una imagen de prosperidad y progreso, frente a una realidad de masas marginalizadas por los privilegios de las clases dominantes.

En Tegucigalpa se introdujeron cambios que corresponden a la escala de su reducido centro urbano y de sus limitantes económicas. Para aquella época la ciudad tiene una extensión apenas de un kilómetro de este a oeste y tal vez medio kilómetro de norte a sur. La población llega a 12,000 habitantes en 1881. Las imágenes fotográficas de la ciudad no son fáciles de encontrar antes del siglo XX. En descripciones literarias se describe a la ciudad así:

“Parecía pueblo santo aislado como comunidad religiosa...las laberínticas calles de Tegucigalpa se apretujaban muy de cerca por vetustas casas de adobe y teja que aún conservan uno o dos patios interiores, sembrados de frutales...provistas de alero a la calle, las casas se ufanaban de su ancestro español. Pasional toque andaluz lucían las ventanas que, para seguridad y romance, habían sido protegidas por enrejado de madera trenzada en forma caprichosa, adornadas a la vez con maceteros...” (Marco Rosa, *La Tegucigalpa de mis primeros años*, 1967).

El autor también hace fuertes críticas a lo urbano y lo social:

“... Ciudad paradójica, que a pesar de sus genuinas dignidades, desconsolaba ver desnuda e indiferente, de espaldas vueltas a la cultura, al progreso, a la natural evolución de los pueblos de América...calle s que acusaban negligencia, empedradas y aceptadas así por fuerza de la costumbre. Aquí y allá plazoletas que servían de sesteadero a mulos y burros que diariamente entraban con el combustible para los fogones de los hogares ciudadanos. La capital seguía siendo una aldea rezagada por falta de vías de comunicación que aislaban la del mundo exterior. Sus moradores empobrecidos y enfermos por causa de inescrupulosos políticos...” (Marco Rosa, 1967). No encontramos indicios de problemática habitacional para finales del siglo XIX. Según el Anuario estadístico de 1889, los grandes patios y terrenos baldíos presentes en la ciudad fueron distribuidos a los vecinos que lo solicitaban a la Municipalidad, lo que condujo primero a una densificación de lo que hoy llamamos el perímetro del centro histórico de la ciu-

dad. Para la vecina villa de Comayagüela, la expansión se verifica siguiendo el curso de la Calle Real, misma que conecta en el puente del río Guacerique con la carretera del Sur (Fig. 1). Para poder activar la producción en el interior del país, fue imprescindible fortalecer y ampliar la red de carreteras, que tenían por epicentro la nueva capital. Esta red de caminos hacia San Juancito (sede de la minera Rosario Mining company) y a Amapala, puerto de exportación para la plata de San Juancito fue determinante en el transporte de mercancías y migrantes: alemanes, ingleses, italianos y estadounidenses, además de chinos y palestinos del Imperio otomano. Así como transportan ideas y gustos, como la radio, la prensa escrita y el cine, están presentes en Tegucigalpa, “urbanizándola” a pesar de ser un centro periférico alejado de los centros mundiales emisores de modernidad. Algunos de estos extranjeros en especial estadounidenses, llegaron a trabajar como ejecutivos de la Rosario Mining company, puesta en operaciones en 1879. Otros llegaron atraídos por la bonanza económica que la minería generaba: aparecen nuevos actores sociales hijos del liberalismo: los obreros mineros, los comerciantes y la primera banca.

El símbolo del discurso liberal en la arquitectura del s. XIX fue el neoclasicismo, que tuvieron sus referentes mundiales en el París del Arco del Triunfo, La Madeleine y sus monumentos. En América latina, de norte a sur se adapta el neoclásico como lenguaje de los nuevos valores republicanos. En Tegucigalpa el neoclásico es la aspiración en la arquitectura oficial de la Reforma liberal, aún si su aplicación tuvo sus singularidades. Por un lado, éste se yuxtapuso a edificaciones barrocas propias de las ciudades hispánicas americanas sobre todo a nivel de tratamientos exteriores de las fachadas. Vale resaltar que aunque no se llegue a profusión de obras de calidad, la búsqueda es romper la semántica del barroco hispánico. Así, son adaptados casas coloniales para albergar la Casa presidencial, los tribunales de justicia, la Asamblea nacional, la casa de la moneda, la Universidad Nacional, el Instituto central de varones, el archivo y biblioteca nacional. Las nuevas obras fueron: el Hospital General, la Penitenciaría Central, el Paseo El Guanacaste y ulteriormente la oficina de Telecomunicaciones, la Casa presidencial, la escuela de Artes y oficios, el Teatro Nacional (Fig. 2).

En la administración de Soto se creó el cargo de Arquitecto del Gobierno, que



Figura 2: Fachada de la inauguración del Teatro nacional, Bourgeois 1915

fue ejercido por el italiano Emilio Montessi. Otros constructores de obras públicas remarcables fueron Augusto Bresnani, italiano y Henry Bourgeois, francés. Todos extranjeros por una parte porque en Honduras no existía escuela de arquitectura y por otra porque la modernidad anhelada por Soto y sus sucesores vienen de esos centros europeos. Los espacios públicos son uno de los instrumentos privilegiados para la aplicación del discurso liberal en la transformación de la ciudad. Las plazas son sin duda el espacio público que más viene a la mente y veremos en un momento, pero la calle también comparte este honor. El eco de las reformas

urbanas conducidas en Paris de Napoleón III, en el plano urbanístico, son las más importantes que han tenido lugar en Europa de fin de siglo XIX. Estas son fuente de inspiración de numerosas ciudades del mundo. Durante la intervención francesa en México, en la capital mexicana se levanta el castillo de Chapultepec (1863), y el paseo de la emperatriz (1867) que se suman al virreinal paseo de Bucareli.

En Tegucigalpa, el modesto equivalente a estas fue la avenida Gutemberg (Fig. 3) y su prolongación, el paseo Guanacaste. Ambas se enmarcan totalmente en esta idea y son de las obras públicas



Figura3: Avenida Gutemberg. Colección histórica digital Archivo nacional de Honduras.

que se insertan en una idea haussemanniana de urbanismo. Esta arteria se extendía en la periferia de la ciudad iniciando en el confín del barrio La Plazuela y hacia el este, terminando en el río del Oro o Chiquito. Además de estar tendida en dirección al pueblo minero de San Juancito, en ella desembocan numerosos caminos situados en la falda del Picacho, ofreciendo un área de esparcimiento con arboledas y senderos a lo largo del río.

Como hemos mencionado, las plazas coloniales fueron objeto de especial tratamiento. Otrora centros del poder civil y religioso, desde la administración liberal

de Soto transmiten su lema: paz y progreso. El mecanismo elegido para plasmar en la ciudad este mensaje fue la transformación de las plazas en parques. Los parques fueron verdaderos escenarios de comunicación, aquí se escenificaron las solemnes ceremonias cívicas de cambio de nombre o rebautizo republicano, en donde las autoridades protagonizaron con actos protocolarios, de proclamación de discursos y festividades para el gusto de todos los públicos, el erudito y el populacho. Estos actos se emprendieron una vez trasladada la función capital a Tegucigalpa, en 1880. La nueva nomenclatura utilizada es la que

Nombre Hispánico	Nombre Republicano
Plaza Concepción	Jardín Morazán
Plaza La Merced	Parque Soto
Plaza San Francisco	Parque Valle
n/e	Parque Bográn/La Concordia
Plaza San Pedro/San Isidro*	Parque Colón
Plaza Concepción*	Parque La Libertad

*Comayagüela

sigue:

En la estrategia oficial de creación de identidad nacional, todos los nuevos nombres de parques sacralizan los nuevos héroes en el panteón del imaginario colectivo. Morazán, señalado por los liberales como héroe de la Federación Centroamericana, sin importar que bajo su gobierno se desataran cruentas guerras civiles, es el nombre dado a la plaza mayor o de armas. Una plaza más discreta es nombrada en honor al sabio ilustrado más reconocido de la época y autor del acta de independencia, Valle. Resulta llamativo que estando vivos y sin el reconocimiento que da el tiempo, el propio Soto diera su nombre a la plaza La Merced, espacio rodeado de importantes edificios ahora públicos. Siguiendo su ejemplo, su sucesor Bográn hizo lo mismo con una plazoleta construida por él. La población no aceptó ninguno de estos "auto-bautizos" y a la Merced se le continúa dando su apelativo original. Al parque Bogran se le rebautizó en La Concordia, que como el parque La Libertad de Comayagüela, se buscaba realzar ante la nueva sociedad los valores y virtudes republicanos. Como sus pares europeos, los parques tegucigalpenses son llenados de estatuas de héroes o como el

parque Morazán, con alegorías de las cuatro estaciones del año. Elementos principales eran las fuentes al centro de donde partían veredas reticulares y circundantes para no estropear la grama flanqueadas de faroles y bancas. Los quioscos estaban al centro o a un costado y ahí se hacían los actos oficiales así como los nuevos entretenimientos modernos, como las bandas musicales. Todo dispuesto en cartesiano orden y formas geométricas. La escultura monumental civil es introducida por primera vez en la ciudad, viniendo a cubrir como señala Gutiérrez Viñuales, "varias necesidades de los gobiernos y nuevos países. Ayudaba a la urbanización, era símbolo de adelanto cultural, promovía a los próceres a quienes había que imitar y representaba emblemáticamente la obra pública del gobierno" (Gutiérrez, 1997, pp.89-151).

Durante la dictadura de 16 años de Tiburcio Carías (1933-1949), este ciclo de grandes obras llega a su apogeo, se construyen más puentes entre Tegucigalpa y Comayagüela, se extiende el servicio de agua potable y alcantarillado, se construye el aeropuerto internacional de Toncontín, el Estadio Nacional, el parque Naciones Unidas, el Gimnasio 14 de mar-

zo y el Palacio del Distrito Central para albergar a las nuevas autoridades edilicias luego de la unificación de Tegucigalpa y Comayagüela. En la cima del cerro Juana Laínez, dominando la vista sobre el estadio Nacional, se levantó el símbolo de la ciudad: el monumento a la Paz. Los estilos arquitectónicos se mezclan entre los historicistas empleados aún por Bressanni, y los racionalistas que usan los arquitectos hondureños educados en la influencia del Bauhaus alemán (Pineda Ugarte, egresado del Politécnico de Zurich) o el funcionalismo estadounidense (Valenzuela, egresado de Berkeley en California). La ciudad desborda sus límites históricos desde la segunda década del siglo XX. Los mecanismos formales entran en marcha, en forma de compra-ventas entre particulares o promotores pequeños autorizados por la alcaldía. Primero lo hacen densificando los terrenos más irregulares que no habían sido ocupados dentro de la ciudad, muchas antiguas chacras o pequeñas fincas, como los barrios El Bosque y Buenos Aires. Al este se establecen las primeras zonas residenciales al más puro estilo estadounidense, la casa-jardín con área destinada para el nuevo llegado: el vehículo. Las colonias Palmira, Reforma, se cuentan entre las primeras. Pero también los mecanismos informales ponen en evidencia los amplios sectores que no tenían acceso por la vía de los mecanismos formales al progreso urbano.

Los pobres se establecían en construcciones improvisadas en los lugares más peligrosos, las riveras de los ríos. Las fuertes avenidas del río Choluteca en 1936, dejaron sin hogar a muchos pobladores, quienes lograron la construcción del barrio Morazán, precursor de la vivienda social en Tegucigalpa. En los 40 y 50 diversos puntos de Comayagüela y Tegucigalpa se observan construcciones uniformes sencillas, de una planta, en ladrillo o piedra. Estas no parecen haber formado parte de una política de vivienda social, pero si se regulaban las dimensiones, materiales y estilo de las casas, función que cumplía la Oficina de Policía. En los años venidero situación se volvió más degradada, producto de la incongruencia entre el progreso desigual de las ciudades principales frente a la miseria rural. El éxodo es masivo y los mecanismos informales de invasión urbana muestran su cara, incrementándose los asentamientos humanos precario, un fenómeno indivisible de la modernidad urbana latinoamericana.

III. La Tegucigalpa neoliberal

En cambio los discursos de los neoliberales del s. XX, argumentando también la necesidad de modernizar la estructura político-económica del Estado, buscan retirar la iniciativa estatal como gestor del desarrollo, dejando al libre mercado asumir este rol. Al coherente y extenso discurso político de Rosa, se opone el de Callejas. No hay comparación entre la cantidad y calidad de textos del primero, en parte esta abismal diferencia se debe a los nuevos soportes mediáticos: la publicidad. La televisión le permite a la clase política eludir la presentación de planes de gobierno escritos ante la población, reemplazándolos por innovadoras campañas electorales. En el caso de Callejas, ésta fue dirigida por expertos internacionales, que mediatizaron ampliamente su imagen juvenil y carisma, como si de una estrella pop se tratara. Para algunos analistas, la popularidad alcanzada por Callejas, conocido entonces por su lema “el candidato del cambio”, es el resultado de esta campaña, financiada por los sectores económicos más pudientes, quienes “lograron forjarle una imagen de apariencia progresista, de cambio, sin ofrecer realmente ninguna solución programática y concreta que pudiera significar la mejora sustancial de condiciones de vida dramáticas de la mayoría de la población hondureña” (Molina Chocano, 1990, p.309).

En el siglo XX, la década de los 80, se desatan conflictos armados en los tres países vecinos: Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Hay una total intromisión de los militares en los asuntos políticos respaldado por los intereses geopolíticos de los EUA y la guerra de baja intensidad que condujo en la región utilizando a Honduras como plataforma de operaciones. Contrario a Soto, Callejas accedió al poder por la vía electoral, aún en el contexto de una particular democracia calificada de restringida y bajo la tutela de militares hondureños y gobierno de E.U.A. Los acuerdos de paz de Esquipulas a inicios de los 90, plasman la nueva coyuntura política, en el marco del fin de la Guerra Fría en Centro América y el retiro de la ayuda económica estadounidense a la región, de sus efectivos militares así como el de los militares hondureños de la vida política del país. El paisaje político centroamericano de los 90 se caracteriza por la llegada al poder de políticos provenientes de los partidos políticos más con-

servadores en lo político (pro oligárquico y pro- EUA) pero más radicales en lo económico, lo que significó una estrategia de cambio conservadora, es decir sin alterar las relaciones históricas de desigualdad social.

Al ascender al poder Callejas, líder del partido Nacional, la primera tarea es implementar las postergadas medidas económicas planteadas por el Consenso de Washington desde hace varios años. En adelante, las relaciones con la potencia del Norte serán comerciales y sin ayuda económica. A un mes de tomar posesión en el cargo, se publicó en los diarios del país un discurso en el que señala el terrible saldo de las administraciones anteriores: la bancarota. Esta constatación se hacía en base a la declaración de inelegibilidad del país por dos entes financieros mundiales: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el banco Mundial (BM). En su hoja de ruta, el objetivo era revertir esa declaratoria para volver a tener acceso al crédito internacional. Las medidas a tomar, recomendadas por el FMI, iban encaminadas por un lado a endurecer las medidas fiscales en busca de mayor recaudación (devaluación de la moneda, aumento a los impuestos), y el de liberalización de tasas de interés, facilidades para la exportación de productos agrícolas no tradicionales (palma africana, melón, sandía, cultivo de camarones) e implantación de maquilas.

Estas políticas neoliberales ya se estaban implementando en la región, desde México hasta Suramérica. A diferencia del liberalismo decimonónico, son los organismos financieros y los EUA los que las imponen. Otra diferencia es el énfasis en los aspectos económicos y el abandono intencional hacia aspectos societales fundamentales como educación, salud, vivienda, transporte, culturas y recreo. El presidente Callejas, por su parte defendió su programa resaltando que “el mundo está reestructurándose en base a dos elementos: democracia y libertad de mercado. Los que no entiendan eso, viven en el pasado” (Posas, 1993).

En cuanto a la facilitación a la inversión extranjera, la costa norte de Honduras es el blanco para la implantación de la industria maquiladora, que genera según estimaciones oficiales, cerca de veinte mil puestos así como ochenta millones de dólares en divisas. San Pedro Sula, llamada la capital industrial del país, es el verdadero motor de la economía nacional. Con su aeropuerto internacional (es la única ciudad centroamericana sin ser

capital en tener uno), sus autopistas, su puerto, el más importante de Centroamérica en el caribe; concentra la inversión del neoliberalismo callejista. También se moderniza la actividad económica en la zona sur. Región dedicada a la ganadería y agricultura desde el período hispánico, se desarrollan cultivos no tradicionales como el melón, sandía, palma africana y camarones, destinados todos a la exportación.

En el plano social, la década de los 80 dejó un saldo económico, político y social muy duro para el país. La variante entre la pobreza histórica y la que surge en el período, para el historiador Marcos Carías, es que en la sociedad tradicional, los pobres formaban parte del tejido urbano y social a través de la caridad religiosa y la beneficencia gubernamental. En cambio en la sociedad postmoderna la marginalidad se vuelve masiva, anónima y excluyente. Muchos campesinos pobres se desplazaron a vivir a los barrios marginales de Tegucigalpa donde parece ser más práctico permitir las invasiones urbanas que resolver integralmente las causales de la pobreza. Imposibilitados de acceder a la vivienda social, concebida para sectores con ingresos modestos (con empleo formal y salario mínimo), más de 200 invasiones de pobladores se producen en los años 80 en el Distrito Central. El blanco de esas invasiones fueron los terrenos conocidos como ejidales y muchos fueron vendidos ilegalmente. De esta manera las capas más pobres solucionaban su vivienda directamente, en tanto la el Estado y la Municipalidad tácitamente fomentaban estas prácticas como vía de elusión a sus responsabilidades. El sistema formal de acceso a suelo urbano, un proceso complejo, lento y costoso, contrastaba con el sistema informal era un “régimen” de implantación sin obstáculos, reforzado por la corrupción. En estas condiciones, sólo un tercio de las viviendas construidas en Tegucigalpa siguen la reglamentación oficial y sólo el 40% tienen un título regular de propiedad.

En la década de 1990, las medidas neoliberales, altamente impopulares, repercuten en la manera de construir la ciudad, oficializando en realidad prácticas de apropiación del espacio, que tienen sus orígenes en décadas precedentes. Los mecanismos institucionales que construyeron la ciudad como el INVA, el Consejo Metropolitano del Distrito Central, la Dirección de Urbanismo de SECOPT van a ser erosionados o completamente eliminados. Desde entonces la construc-

1- *Mara es la abreviación de "marabunta", una colonia de hormigas que devora todo a su paso, tienen unos 100.000 miembros en los tres países y un reclutamiento permanente (cifras para el 2014).*

2- *Muchos eran nacidos en EUA y nunca habían estado en Centro América, donde se sentían como extranjeros.*

ción de la ciudad la asumen los mecanismos de mercado. Se inician procesos de privatización de las grandes empresas de servicios públicos como la de Aguas y alcantarillado (SANAA), Electricidad (ENEE) y Telefonía (HONDUTEL). Al apartarse el Estado central del crecimiento y desarrollo de la ciudad no hay una autoridad que regule éstos. Paradójicamente, frente a la peor crisis urbana de su historia, se decide promulgar una nueva ley de municipalidades que buscaba subsanar arcaísmos políticos como la elección en "plancha" de los alcaldes o su designación arbitraria, pero que abandona a las débiles municipalidades a su suerte.

Para 1996, en la capital sólo el 60% de la población tiene servicio público de agua potable instalado, 22% se abastece con privados o conexión ilegal y 18% no tiene acceso. Con estos retrocesos, en los 90 las condiciones están dadas para los problemas de la hiperurbanización de las periferias, salieran de control: degradación social y ambiental, epidemias, servicios públicos deficientes y todo tipo

de violencias. Una consecuencia del orden neoliberal son los hijos de los migrantes miserables que viven en barrios marginales, en condiciones por debajo de la línea de pobreza y reunidos bajo una especie de hermandad: la mara¹. Inicialmente pandillas, aparecen en Centro América en los años 60 como grupos de pares no violentos. En los 90, estos derivaron de la afiliación de las bandas locales a dos grandes maras transnacionales: la Mara Salvatrucha y la Mara 18. Ambas surgieron en la década de 1980 en barrios hispanos de Los Ángeles y se globalizaron a otras ciudades de Estados Unidos, México, Guatemala, El Salvador y Honduras luego que Estados Unidos deportara a miles que habían emigrado² durante las guerras en la región. En la capital, las zonas más afectadas por las maras es Comayagüela, cuyo nombre se ha vuelto en el imaginario colectivo sinónimo de pobreza y violencia, un verdadero no man's land. La mara confiere una especial atención a la marcación de sus integrantes y sus territorios. A los primeros se les marca con tatuajes



Figura4: Placazo Mara Salvatrucha. El submundo de las maras, diario El Heraldó

corporales y a los territorios donde ejercen control, mediante placazos o tags (Fig. 4), que son grafitis de las iniciales de la mara: MS es la mara Salvatrucha (salvatrucha es salvadoreño en el argot de la mara), M18 es la mara fundada en la 18th Street en Los Angeles por salvadoreños y podemos incluir la UF o Ultra fiel, barra de hinchas que apoyan el club de futbol Olimpia.

El impacto de la pobreza sobre la ciudad no se limita a las periferias, también afecta al núcleo simbólico de la ciudad desde tiempos hispánicos heredado a la ciudad liberal: el centro histórico. Epicentro por tres siglos de las funciones económicas, políticas, sociales y culturales, es abandonado por las autoridades. Sus aceras y calles se inundan de vendedores ambulantes, mendigos y delincuentes menores. Tampoco se aplican medidas de conservación patrimonial, y en nombre de la modernidad se demuelen edificios históricos emblemáticos del período republicano e incluso del hispánico. Desde casas de mediana talla como la que albergaba el célebre Bar Las Camelias, la casa Midence, sede de la Legación Americana hasta el imponente Banco de Honduras, todas caen bajo el bulldozer de la modernidad. Previamente en los años 70 ya se había demolido el mercado Los Dolores remplazado un paso vehicular a desnivel cubierto por una explanada frente a la his-

tórica iglesia Los Dolores. Aquel adelanto diseñado por el arquitecto-urbanista Henry Merriam, presidente del Concejo metropolitano, fue rechazado por la población, que desde entonces llama al lugar por el despectivo apelativo de “Hoyo de Merriam”. El éxodo hacia los suburbios continuó, las clases privilegiadas pasaron a las colonias del Este: Las Minitas, Lomas del Guijarro, Rubén Darío, La Alameda, Matamoros, Lara entre otras. Incluso, Metroplan propuso extraer las sedes del gobierno hacia el este, el Nuevo Centro Gubernamental. En los 80 se construyó la Corte Suprema de Justicia y con Callejas se da el tiro de gracia al trasladar la sede misma del poder Ejecutivo. Despojado del corazón político, retiene dos sedes aún: la de la Asamblea y el Banco Central, así como la Catedral.

Mientras el centro histórico se relega y abandona al deterioro, inversionistas privados construyen centros comerciales, o malls, edificaciones de franquicia de fisonomía idéntica por toda Centroamérica (Fig. 5). En ellos, además del consumo se usurpan en parte las funciones antes públicas de recreación y esparcimiento, todo en un ambiente de segregación del resto de la ciudadanía y en seguridad. Otro resultado de la ciudad neoliberal es la fragmentación urbana, marcado por la aparición de barrios cerrados o colonias



Figura 5: Mall Multiplaza, Tegucigalpa. <http://www.pbase.com/shednet/image/139413749> Fecha y hora de acceso: 30/05/2016 4:00 pm

privadas en Tegucigalpa. La modernidad se vuelve postmoderna, el contexto socio-económico de exclusión es aceptado en la manera de construir la ciudad. Y a una sociedad desigual corresponde una ciudad desigual. Nuevamente el modelo viene de las “gated communities” norteamericanas que ya se propagan en México, Guatemala o El Salvador. Verdaderos islotes, el principal beneficio es la seguridad, nadie que no sea propietario puede circular en estas “comunidades”. Así que los dispositivos están a toda vista, caseta de seguridad, altos muros, verjas, serpentinas y guardias.

Conclusiones

Los principales ideólogos de la modernidad en Honduras, mostraron por un lado la afinidad que compartían por romper con la tradición. Del otro lado, las diferencias en la manera que abordan tal ruptura: en el siglo XIX los liberales Soto y Rosa, su principal locutor, siguen un proyecto social integral en tanto que en el siglo XX el neoliberal Callejas seguirá un proyecto esencialmente económico.

Bibliografía

- a) LIBROS
- CALDERA, Hilda. Invasiones urbanas en Tegucigalpa. Tegucigalpa: Guaymuras, 1992
- CARÍAS, Marco. Rosa, obra escogida. Tegucigalpa: Guaymuras, 1980 P.200
- GUTIÉRREZ Viñuales, Rodrigo. Un siglo de escultura en Iberoamérica 1840-1940. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997 pp.89-151.
- MACLEOD, Murdo. Spanish Central America: A Socioeconomic History 1520-1720 Berkeley: University Press 1976
- METROPLAN. Reporte Esquema director de ordenamiento metropolitano. Tegucigalpa: Alcaldía Municipal del Distrito Central 1977
- MOE, Alfred. Honduras Handbook. Washington: Government Printing Office 1904
- MOLINA CHOCANO, Guillermo. Estado liberal y desarrollo capitalista en Honduras. Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1982
- PÉREZ BRIGNOLI, H. et al. De la sociedad colonial a la crisis de los años 30 siglos XVI-XVII-XVIII. Tegucigalpa: Nuevo continente, 1973
- REINA, J. ARGUETA, M. Marco Aurelio Soto, reforma liberal de 1876. Tegucigalpa: Banco Central de Honduras 1978
- RONCAYOLO, M. La ville aujourd'hui. Histoire de la France urbaine. Paris: Gallimard 1985 Tome V
- ROSA, Marco. La Tegucigalpa de mis primeros años. Tegucigalpa: Imprenta Calderón 1967
- VALLE, Rafael Heliodoro. Oro de Honduras, Antología de Ramón Rosa. Tegucigalpa: Editorial Universitaria 1993 Tomo II
- VALLEJO, Antonio. Primer anuario estadístico 1889. Tegucigalpa: Editorial universitaria 1997
- WELLS, William. Explorations and adventures in Honduras. New York: Harper and Brothers Publisher 1857

b) ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS

¿Consiguieron todas estas políticas llevar a Tegucigalpa a una nueva sociedad? Hay una notable transformación es innegable. De la mano del higienismo y novedades tecnológicas, de las relaciones capitalistas mineras que resulta en clases sociales nuevas, de empresas extranjeras a modelos de desarrollo, se transforma a la capital y a la sociedad capitalina. Pero a pesar de la comprensión razonada que Rosa tenía sobre la esencia del hondureño de la época, las expectativas en crear ese nuevo hombre para un nuevo orden no se cumplieron. Su plan no pudo encontrarse con la modernidad. Con Callejas, las políticas implementadas muestran que este anhelo se limitó a generar riqueza material, a producir bienes, a exacerbar el consumismo y el individualismo, sin importar mucho la esencia humana de quienes lo producen o cómo lo producen. Ante las distorsiones que esgrimen los locutores de la modernidad neoliberal, ésta pues si fue encontrada, no en una sociedad favorecida por ella si no en los resultados macroeconómicos y excluyentes que dejó.

CALLEJAS, Rafael. ¡Honduras en bancarrota! Diario El Herald, Tegucigalpa, p. 48-49 viernes 2 de marzo 1990

c) ARTÍCULOS EN REVISTAS

LARA, Gloria. Dicotomía de una ciudad: las raíces indígenas de Tegucigalpa y Comayagüela. Revista Paradigma. Universidad Pedagógica Nacional Tegucigalpa Año 20 no. 30. 2010

LEFEBVRE, Henri. La production de l'espace. Revue L'Homme et la société, Paris n.31-32, 1974.

MOLINA CHOCANO, Guillermo. Honduras: crisis económica, elecciones. Revista Mexicana de Sociología. México Vol. 52 no.4 1990

POSAS, Mario. Callejas se va: su asignatura pendiente. Revista Envío no.143 UCA Managua noviembre 1993 Fecha y hora de acceso: 30/05/2016 4:00 pm <http://www.envio.org.ni/articulo/821>

SERRANO, Augusto. La plaza añorada, figuras de racionalidad y transparencia. Parainfo, Tegucigalpa año 7 número 13 julio1998 pág. 57

SUÁREZ, Ginés y SÁNCHEZ, Walter J. Desastres, Riesgo y Desarrollo en Honduras PNUD Tegucigalpa 2012 Fecha y hora de acceso: 30/05/2016 4:00 pm http://www.hn.undp.org/content/dam/honduras/docs/publicaciones/Desastres_Riesgo_y_Developmento_en_Honduras.pdf

c) TRABAJOS PRESENTADOS EN EVENTOS

AVENDAÑO, Xiomara. "La relación entre territorio y representación política: el departamento salvadoreño de San Miguel", 1824-1865". En CONGRESO CENTROAMERICANO DE HISTORIA XII 2014, Universidad de El Salvador, San Salvador.

d) DOCUMENTOS

ARCHIVO NACIONAL DE HONDURAS. Decreto no.11 en que se declara la ciudad de Tegucigalpa por ahora capital de la República. Anales del Archivo Nacional de Honduras. Fascículo 3 año II julio 1968

ARCHIVO NACIONAL DE HONDURAS. Proceso contra los indios Pedro Bautista Alcalde de Tegucigalpa Julio Carbón y Diego Casaltenango, regidores, por haberse amotinado contra el Alcalde Mayor Antonio Nieto de Figueroa, a causa de haber vendido este un solar a un español. 15 de mayo. Caja 3 Documento 64. 1649

ARCHIVO NACIONAL DE HONDURAS. Expediente Exposición del Poder Ejecutivo en que se incorpore Comayagüela a ésta Capital dejándole sus funciones independientes como Municipio. 1898